

Las Obras de Misericordia

Tradicionalmente se distingue entre obras de misericordia corporales y espirituales, sin embargo ésta es, en efecto, una distinción falaz, heredera de una concepción dualista del ser humano, como compuesto de alma y cuerpo. En la tradición bíblica, contexto originario de la fe cristiana, no hay separación entre alma y cuerpo: se trata, más bien, de dos dimensiones inseparables del único ser “hombre” – “imagen y semejanza de Dios”.

Sobre la capacidad de reconocer esta semejanza, que constituye el núcleo más profundo de nuestro ser, se tendrá el juicio sobre nuestro haber sido cristianos según la parábola de Jesús: haber o no reconocido el rostro de Jesús en el hermano que necesitaba de nosotros. De tal manera, las obras de misericordia llegan a ser el marco “ético” de nuestro actuar.

La enseñanza de las obras de misericordia, recibido de la tradición hebraica, ha sido enriquecido en el NT por la novedad de Cristo, quien donó a sus discípulos un amor capaz de superar los angostos confines de la pertenencia étnica, caracterizando la vida de la Iglesia desde sus orígenes.

Los teólogos medievales llegaron a formular el esquema clásico de las 7 corporales y las 7 espirituales. Santo Tomás de Aquino habla de ellas en relación con la caridad. Eran frecuentes en la catequesis: visitar, alimentar, dar de beber, hospedar, vestir, dar digno sepelio a los difuntos; para las espirituales: enseñar al que no sabe y dar buen consejo al que lo necesita, corregir al que yerra, consolar al triste, perdonar las injurias, sufrir con paciencia los defectos de los demás, orar a Dios por vivos y difuntos.

La fortuna de esta síntesis continuó por varios siglos. Lamentablemente se perdió su importancia en la catequesis. El Catecismo de la Iglesia Católica (CIC) las nombra en el Sacramento de la Penitencia y la Reconciliación (no. 1460) y de las indulgencias, por su carácter expiatorio, junto a la oración y otras prácticas. También cuando explica el Séptimo Mandamiento, al término exhorta a la práctica de las obras de misericordia, a la luz del Concilio Ecuménico Vaticano II y de la Doctrina Social de la Iglesia, haciendo énfasis en la temática de la justicia y la solidaridad.

Una renovada propuesta de las OM, en la catequesis debe ayudarnos a pensarlas de nuevo, de una forma renovada, redescubriendo su raíz en la Palabra de Dios y, por ende, en el anuncio de Cristo y el testimonio del Reino. Podrán ayudarnos, además, a aclarar lo específico de la caridad cristiana, que no es filantropía, ni asistencia social, ni ideología de la convivencia social.

En el texto de **Mt 25** hay una novedad fundamental que podemos olvidar si nos detenemos sólo sobre la lista. Cada obra de misericordia, también si el hombre no se da cuenta, está dirigida al mismo Señor, quien se identifica con cada uno de sus “hermanos más pequeños”. Cada pobre y necesitado se convierte en una especie de “sacramento” de la presencia de Jesucristo.

A menudo se reducen las OM a “un dar” algo a los necesitados. Una inspiración evangélica nos ayuda a comprender que se trata, ante todo, de ponerse en relación con... la persona. La relación humana y de fe ennoblece, dignifica, da valor, abre a la esperanza, rescata y salva.

Se trata de desarrollar una mística y una cultura del “don de uno mismo”, más que el don de “cosas”.

Para la meditación personal

1. Medita estos pasajes bíblicos y los que están en el texto presentado:

Ex 34, 6 “Entonces pasó el Señor por delante de él y proclamó: *El Señor, el Señor, Dios compasivo y clemente, lento para la ira y abundante en misericordia y verdad*”;

Mt 5, 7: “Bienaventurados los misericordiosos, pues ellos recibirán misericordia”.

Sal 145, 8 *“Clemente y compasivo es el Señor, lento para la ira y grande en misericordia”.*

2. Examina tu conciencia sobre el desarrollo de una espiritualidad de la “misericordia”.
3. Medita el pasaje de *Dios es amor*, 31.
4. Dedicar una parte de tu tiempo de meditación a la Adoración Eucarística, pidiéndole al Señor que te ayude a desarrollar pensamientos, afectos, actitudes, deseos y comportamientos de misericordia.

Obras de misericordia corporales

Dar de comer: Se trata ciertamente del problema de la pobreza, sin olvidar, sin embargo, algunas problemáticas: ancianos no autosuficientes, niños, discapacitados, accidentados, etc. Dar de comer no es sólo dar los alimentos, sino “ayudar a comer”. Hace parte de este capítulo también la dieta y la ayuda a promover estilos de alimentación correctos y adecuados.

Dar de beber: En los últimos años se ha abierto un problema, ético y asistencial complejo: la hidratación para los enfermos en etapa terminal, crónicos o en estado vegetativo persistente. Dar de beber, la hidratación “no es terapia” sino un cuidado “normal” y no entra en las posibilidades del encarnizamiento terapéutico.

Hospedar al forastero. Los hospitales viven el fenómeno preocupante de la deshumanización. El hospital, en vez de ser un lugar hospitalario, se ha convertido en un lugar impersonal, frío, tal vez amenazante. La hospitalidad es una característica del cristiano, imitando a Dios que nos acoge a pesar de nuestros defectos y limitaciones, de los pecados y nuestro egoísmo. Acoger es el nuevo nombre de esta obra de misericordia: una acogida ante todo en el corazón, que después se convierte en el trato acogedor y también en la organización de estructuras para la acogida (albergues).

Vestir al desnudo: No se trata sólo de dar ropa a quien está carente de ella. Es necesario conjugar esta obra con el derecho a la privacidad y pudor, especialmente en los lugares para la salud o cuando la persona está enferma. Es “vestir”, es decir cobijar, amparar, proteger la dignidad de la persona, su buena fama, sus pequeños secretos, deteniéndose frente al misterio sagrado de la persona.

Redimir al cautivo: encarcelados, sí, pero también personas que viven víctimas de adicciones, de ideas equivocadas, de fobias y obsesiones. Es el vasto campo de la ayuda a los enfermos mentales y psiquiátricos. Redimir de esclavitudes al consumo, la sexualidad desordenada, la dependencia psicológica. Lo corporal se va matizando con aspectos espirituales y psicológicos.

Enterrar a los muertos. Respeto del cuerpo del difunto, de la memoria. Es también evitar broncas y litigios (o simples malhumores) por la herencia. Es ayudar a manejar el duelo con los deudos: una nueva frontera en un clima cultural que oculta la muerte y las señales de luto.

“Guárdese cada uno de presentarse como reformador o corrector, o de criticar con ligereza ..., sino que esfuércese más bien en enseñar con las obras que no con las palabras, manteniéndose siempre amable con todos aquellos que sirven en los hospitales” (san Camilo). Esta invitación vale también para los hogares particulares y en toda situación.

MEDITACIÓN PERSONAL

1. Lee el Evangelio según San Mateo 25, 31-46.
2. Medita las “reglas” de San Camilo.

3. Identifica los aspectos “carentes” de tu ejercicio de las OM.
4. ¿Cuál capacitación (técnica o relacional) necesitas para desarrollar “con esmero” las OM?
5. ¿Cuáles “resistencias” pruebas a nivel espiritual para comprometerse más?

Debemos convertir nuestra mirada (y nuestra mentalidad). Benedicto XVI en la Encíclica “**Dios es amor**” nos invita a reflexionar:

“...en Dios y con Dios, amo también a la persona que no me agrada o ni siquiera conozco. Esto sólo puede llevarse a cabo a partir del encuentro íntimo con Dios, un encuentro que se ha convertido en comunión de voluntad, llegando a implicar el sentimiento. Entonces aprendo a mirar a esta otra persona no ya sólo con mis ojos y sentimientos, sino desde la perspectiva de Jesucristo. Su amigo es mi amigo. Más allá de la apariencia exterior del otro descubro su anhelo interior de un gesto de amor, de atención, ... Al verlo con los ojos de Cristo, puedo dar al otro mucho más que cosas externas necesarias: puedo ofrecerle la mirada de amor que él necesita” (número 18).

Obras de misericordia espirituales

Enseñar a quien no sabe

El compromiso educativo (padres, maestros, catequistas) es una obra de misericordia, una forma de “caridad” y de “testimonio”. Es caridad porque educar es “amar” y “querer el bien” de la persona: es “cuidarla” hacia el pleno desarrollo de su humanidad. Es un “testimonio” en la medida en la que se pone de manifiesto la dedicación gratuita, la confianza en la persona, el respeto de la conciencia, y es una forma para anunciar la “buena nueva” del amor que hemos recibido y experimentado.

Hay muchas formas de pobreza, no sólo material y económica. Hay una pobreza intelectual y de formación: no existe sólo el problema del analfabetismo; hay otros tipos de pobreza cultural y espiritual. Independientemente de las causas, cuando hay pocos recursos culturales, se empobrece el interés a reflexionar; el modo de pensar se vuelve estereotípico, a menudo incapaz de elegir los mensajes correctos respecto a los diferentes problemas; el pensamiento según los “lugares comunes” induce fácilmente a buscar seguridad dando evaluaciones fundamentadas en generalizaciones falaces o prejuicios que, a su vez, inducen a discriminación hacia quien piense diferentemente y, más a menudo, generan actitudes moralistas y autoritarias, porque se tiende a culpar a los demás, a los extraños. Pensar según estereotipos, usando el “sentido común” o lo que nos lleva la TV, tiene la función de ocultar o no reconocer las dudas y las incertidumbres que tienen una función positiva, de empuje a la búsqueda de la verdad, sin pagar el costo de la reflexión, la confrontación, el debate, la capacidad de comprender otros puntos de vista.

Enseñar, en este clima, es extremadamente difícil.

También desde el punto de vista cristiano hay mucha ignorancia y poca disponibilidad al aprendizaje. La *alfabetización* religiosa no funciona bien en la infancia y es escasa en la edad adulta. La catequesis se reduce a un hecho marginal, aislado de la vida de las personas y le falta un dinamismo fundamental: su credibilidad en términos de vida y de capacidad de crear sentido a lo largo de las diferentes etapas de desarrollo (funciona sólo en las etapas infantiles). La infantilización de la catequesis produce *analfabetismo de regreso* en las etapas adultas, porque se trata de aprendizajes “inútiles” para enfrentar los desafíos de la vida.

Esta ignorancia, unida al subjetivismo, la presunción y las pseudo-certezas, hace que sea “normal” que circulen extravagancias, transgresiones, pensamientos superficiales o infundados, sólo por el

gusto de decir algo o de emitir un juicio. Se ha perdido el sentido de la vergüenza en el pensar y hablar sobre cosas de fe y religión. Frente a este clima, hay quien piensa que se debe tutelar a las personas con declaraciones “rápidas y claras” sobre cómo se debe pensar y hablar de religión. El camino, sin embargo, es más largo: la educación a la fe y la vida cristiana no admite atajos, para que todos, en particular jóvenes y adultos, puedan enfrentar personalmente las dudas de fe y las incertidumbres morales, ayudándolos a tomar su responsabilidad respecto a lo que piensan, dicen y hacen.

Aconsejar a quien tiene dudas

Vivimos en una sociedad compleja. Cada vez más nos encontramos enfrascados en dudas respecto a lo que se debe hacer y cómo debemos comportarnos (por ejemplo en la práctica médica). También los jóvenes pueden dirigirnos algunas preguntas embarazosas respecto a los asuntos de la fe, la vida cristiana, el sentido que dar a su vida, el manejo de su sexualidad, etc. Las opciones son muy numerosas: no es fácil detectar el “bien mayor” y a veces “el mal menor”. Las informaciones pueden ser contradictorias y demasiado numerosas. La multiplicidad y diversidad, tal vez la contradictoriedad, de propuestas, unidas a la falta de criterios sólidos, convergen en un resultado: la persona se siente abrumada y perdida. La ignorancia, la superficialidad y la indiferencia religiosa, unida al achatamiento de cada propuesta en la cultura y al relativismo dan como resultado que muchas personas se “sirvan” de lo que necesitan en el “supermercado” de lo sagrado, construyéndose una religión a la carta.

Todo eso aboga por un rol de guía (espiritual o psicológico). En la narración de la vocación de Samuel encontramos a Elí, el sacerdote anciano, quien sugiere la actitud apropiada: “Habla, Señor, tu siervo te escucha”. Un discernimiento que no sustituye a la persona en dudas, sino la actitud de quien se pone a la escucha de Dios, con humildad, paciencia y silencio. El discernimiento postula silencio y escucha. Hoy en día, sin embargo, no es fácil este rol de guía o acompañante en las decisiones. Por un lado, se tiene miedo de no respetar la libertad de la persona; por otro lado, hay el riesgo de mantenerse en una neutralidad que se manifiesta en la mera transmisión de algunas nociones técnicas y funcionales, sin ayudar a un discernimiento serio, fruto de una confrontación con la vida, las posibilidades reales y la Palabra de Dios. Hay un atajo peligroso: se toma la situación en nuestras manos, avasallando al interlocutor y manipulándolo con técnicas que saben a lavado de cerebro.

Una auténtica guía espiritual-pastoral-ética conoce el camino a recorrer en sus etapas fundamentales, conoce a la persona en sus dimensiones verdaderas, procede como aliado por el camino, precede de un paso como verdadero guía. La Sagrada Escritura y la tradición eclesial (los maestros de espíritu) nos sugieren algunas líneas de pedagogía.

Todo empieza con la escucha de la persona: sus dudas, dificultades, defensas, superficialidades, contradicciones, presunciones, entusiasmos, distorsiones, etc. La escucha es la base de la guía espiritual: ayudar a elegir y actuar lo que es *bueno, agradable a Dios y perfecto* y a mantenerse fiel. El acompañamiento no es “sustitución” del interlocutor en la toma de decisiones.

Hay algunos factores que se deben de tomar en cuenta en la ayuda a quien tiene dudas (en particular de fe): conocer la situación específica de la persona, vislumbrar el punto de llegada posible, hacer una hipótesis sobre el camino a recorrer, detectar los recursos disponibles (facultades, actitudes), detectar los obstáculos (escondidos o manifiestos), detectar los factores que pueden facilitar (medio ambiente familiar, cultura de referencia) y los medios pedagógicos necesarios, aclarar los valores, ayudar a entrar en la voluntad de Dios por obra del Espíritu, quien verdaderamente “guía”.

Corregir al que yerra

El individualismo y un cierto narcisismo intelectual llevan a una actitud de “rechazo” a “dejarse enseñar”. Se llega a la presunción y a la pretensión de poder “pensar”, decir o hacer cualquier cosa sin la responsabilidad de argumentar adecuadamente y de hacerse cargo de las consecuencias de lo que se dijo o se hizo. Esta presunción a menudo se ve acompañada por la falta de respeto de los demás, al desprecio por sus ideas, al no reconocimiento del derecho de los demás no sólo de ser sencillamente respetados, sino también de recibir mensajes y razones claros y no una imposición de ideas. En la era de la “persuasión” se está perdiendo la capacidad de “dar razón”. Tal vez se usa menos la mentira explícita, sin embargo, se usa muy a menudo omitir cosas, quitar partes incómodas de un razonamiento, callar o distorsionar argumentos de los demás, para darse la razón y convencer mejor y combatir y vencer más fácilmente las ideas ajenas.

En este clima, “enseñar” y “corregir a quien yerra”, se vuelve una tarea difícil, cuando no hay la “docilidad”, es decir la disponibilidad a dejarse enseñar. Corregir a los pecadores es una de las tareas los profetas del AT.

Hay en el Evangelio de San Mateo una página estupenda sobre el tema de la corrección fraterna: “*Y si tu hermano peca, ve y repréndelo a solas; si te escucha, has ganado a tu hermano. Pero si no te escucha, lleva contigo a uno o a dos más, para que toda palabra sea confirmada por boca de dos o tres testigos. Y si rehúsa escucharlos, dilo a la asamblea; y si también rehúsa escuchar a la asamblea, sea para ti como el gentil y el recaudador de impuesto*” (18, 15-17). *Repréndelo a solas; lleva contigo a uno o a dos más; dilo a la asamblea*; Solamente después de estos intentos, todos fracasados, puedes “tirar la toalla”.

En términos psicológicos se habla a menudo de la “confrontación”, cuando se da una incoherencia entre afirmaciones, conductas o una afirmación y la conducta. El Hno. José Carlos Bermejo escribe en un libro: “Es cierto que la escucha tiene un gran poder terapéutico: comunica interés, drena ansiedades, permite sentirse reconocido y acompañado en los procesos de sufrimiento, ayuda a explorarse y ser más dueño de las propias dificultades y recursos. ... Parece que en medio de las dificultades necesitamos, además de palabras comprensivas, otras que iluminen y confronten. Es aquí donde, una vez más, nos surge la dificultad. ¿Cómo iluminar la experiencia del otro? ¿Cómo ayudar a tomar decisiones? ¿Cómo estimular en los momentos de desaliento? ¿Cómo confrontar en las contradicciones evidentes? ... Muchos ayudados no sólo necesitan desahogo y escucha atenta, sino también una palabra, una “palabra justa”, que les ayude a salir de la dificultad, a hacer claridad en su vida. La palabra “justa” ... es aquella que tímidamente quiere comunicar comprensión y que nace de la escucha atenta y del profundo silencio. Pero la palabra oportuna es también la que pone al otro ante sus propias contradicciones, ante sus propias debilidades y ante sus propios recursos, no siempre suficientemente reconocidos o movilizados. La palabra justa, cuando tiene el valor de confrontar, se configura como un caminar juntos: se razona juntos, se trata de entender, se limpia el campo de ópticas distorsionadas y perjudiciales y quizás hasta de mala fe, se razona con realismo sobre las cosas como son, se distingue lo que se puede de lo que se quiere, lo que parece mejor, lo que gusta de lo que se busca de verdad. ... Es difícil ver claro, sobre todo cuando se yerra, y reconocer los errores cuando se está solo, porque se prefieren las soluciones fáciles. Por eso, para sentirnos ayudados necesitamos la palabra que nazca de la escucha atenta y del deseo de comunicar comprensión y estímulo para afrontar las dificultades. Algunos ayudados lamentan que sus ayudantes sólo los escuchan: quizás estén reflejando la necesidad de ser confrontados, es decir, la necesidad de una palabra que les permita estimular sus propios recursos y ser más dueños de sus propias debilidades. Cuando, por ejemplo, en un enfermo encontramos contradicción entre su querer curarse y su comportamiento no favorable al tratamiento, o entre lo que piensa o siente y lo que dice, o entre la realidad y el modo como es percibida, la palabra que confronta intentará, sólo después de crear un clima de confianza y comprensión, acompañar a dilucidar la verdad y lo mejor. Los ayudados tienen recursos interiores y exteriores que no están utilizando. No basta escucharlos; para ayudarlos es necesario proponer otros modos de mirar y ver las cosas. ... Puede que el enfermo no deje de tener comportamientos de riesgo -fumar, moverse, no moverse, no tomar los

medicamentos, etc.- y sea necesario ayudarle a ver las contradicciones posibles entre su querer y su hacer. Eso sí, mucha atención a no confundir la confrontación en la relación de ayuda con el reproche. Quien tiene el valor de hablar para ayudar a ver más claro, lo hará con mucha humildad y no para humillar o para conseguir que el ayudado haga lo que el ayudante pretende, sino para ofrecerle un recurso más en su proceso de afrontamiento de las dificultades. El poder de la palabra existe sólo cuando se presenta con sagrado respeto a la persona del otro”.

Perdonar las injurias y las ofensas

“Entonces se le acercó Pedro, y le dijo: Señor, ¿cuántas veces pecará mi hermano contra mí que yo haya de perdonarlo? ¿Hasta siete veces? Jesús le dijo: No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete”.

El perdón se revela como el desafío más grande para todos nosotros, creyentes en Jesucristo. Está arraigada dentro de nosotros la tendencia a la venganza y la violencia.

El perdón de Dios no es “ignorar”, “minimizar”, no tomar en cuenta, es una intervención creadora, que trasforma al hombre de malo en bueno; es la creación de un corazón nuevo (Sal 50). El perdón es como una nueva creación. También el pecado no es sólo trasgresión de normas; si lo fuera se podría “no-castigar” y ya. Es algo más “serio”: es la impotencia del hombre a hacer lo que debería hacer, es una pérdida, es “parálisis” (metafóricamente), incapacidad para hablar, caminar, moverse y mover las manos.

En el Padre Nuestro se nos invita “perdonar los deudores”. La deuda es “lo debido”: no se trata de quitar algo, sino de llenar un vacío; en este sentido el pecado no es *una mancha* que quitar, sino una nueva formación de un tejido desgastado y consumido. Es un grade “don”. No es una operación de limpieza, sino de nueva creación. La vida nueva, fruto del perdón, funda nuevas relaciones sociales. “Perdona nuestras ofensas como nosotros...”: el “como” expresa una consecuencia, no una causa. Dios Padre es generoso, condona y regala y pide una “conformación”. La gracia del perdón recibido crea una nueva calidad de vida y suscita la capacidad de perdonar”. La muerte y resurrección de Jesús son fuente y raíz de una vida nueva.

¿Cómo llevar a cabo el perdón? No se trata de algo que podamos otorgar en un momento; se necesitan etapas.

Ante todo renunciar a la venganza: (impulso instintivo que se experimenta después de una ofensa inmerecida). La venganza alivia durante algunos momentos el resentimiento, pero no lo sofoca: enfoca la atención hacia el pasado, hace reavivar la herida, te lleva a imitar al ofensor, puedes desarrollar un sentimiento de culpabilidad, crea estrés, etc.

Es necesario, también, admitir el propio sufrimiento y la herida que sigue. Puede ser útil compartir la herida con alguien que sepa escuchar sin juzgar, sin moralizar, sin agobiar con sus consejos, sin intentar siquiera aliviar el dolor.

Sigue la etapa de la identificación de la pérdida y la aceptación de la cólera y del deseo de venganza. Importante es también “comprender” (no “justificar”) al ofensor.

Siguen otras etapas, más difíciles y con características más espirituales: se empieza con “perdonarse a sí mismo”, sin desarrollar emociones de vergüenza o de culpa. La experiencia del perdón recibido por Dios puede ser bálsamo sobre nuestra herida. Aquí los esfuerzos personales son menos importantes que la apertura humilde y la acogida paciente de la gracia. “Jesús, me siento incapaz de perdonar... Perdóname y ayúdame”. Jesús puede perdonar la incapacidad de amar.

Encontrar o dar un sentido positivo a la ofensa recibida es otra etapa fundamental: ¿Qué me enseña esta injuria, esta ofensa, esta traición o esta infidelidad? ¿Cómo pienso utilizarla para crecer y

realizarme en profundidad? ¿Cuáles efectos positivos ha producido? ¿Cómo voy a beneficiarme de este fracaso? Se trata de descubrir la fecundidad oculta y dar un nuevo rumbo a nuestra vida.

Ha llegado el momento de desprenderse del orgullo sutil y del instinto de dominación, porque, si nos empeñamos en perdonar a toda costa, podemos sentir la tentación de ceder ante ellos. La obstinación en perdonar no contando más que con nuestras propias fuerzas reflejará que sólo nos estamos buscando a nosotros mismos. Debemos también evitar el peligro de reducir el perdón a una obligación moral: necesitamos una mística de la gratuidad, sin exagerar con la voluntad: es gracia. Y el sacramento de la Penitencia puede favorecernos en este camino.

Nuestra pobre manera de perdonar no condiciona a Dios. La idea que Dios está condicionado por los perdones humanos es una imagen muy pobre de Dios. Acogido el perdón del Señor y su fortaleza, ahora podemos otorgar “de corazón” nuestro perdón a quien nos lastimó. Puede seguir también la reconciliación con la persona que nos hirió.

Consolar al triste

Consolar a los afligidos es otra obra espiritual de misericordia. Es también una petición común que se nos dirige: “Por favor, unas palabras de consuelo”. Toda la Segunda Parte del profeta Isaías (Déutero Isaías) se llama libro del consuelo, porque así empieza: “Consuelen, consuelen a mi pueblo” (Is 40, 1). La Sagrada Escritura es un mensaje de consuelo porque cambia la situación existencial de las personas.

El consuelo es necesario porque existe el sufrimiento, que no podemos banalizar o suavizar. En nuestra tradición cristiana se nos repitió a menudo que debemos *amar* el sufrimiento y el dolor (también porque forja un carácter fuerte) y que Jesús nos ha salvado y redimido con su cruz y su sufrimiento: es su padecer que nos salva. Se trata de una visión *dolorista*. Algunas personas llegan a pedirle a Dios de sufrir para alcanzar la vida eterna o como medio de expiación para los demás. ¿Es verdadera esta posición? ¿Es evangélica? San Agustín nos recuerda, con mucha lucidez, que Jesús no nos ha salvado con su sangre, sino con el amor que en la sangre se revela. El centro de la vida cristiana no es el dolor o el sufrimiento, sino el amor. Jesús no nos dijo: “Sufran como yo he sufrido”, sino: “Ámense como yo los he amado”. Y la cercanía llena de afecto y respeto es fuente de consuelo.

Los expertos nos sugieren también las actitudes para ser personas de consuelo: no detenerse en las palabras, sino entrar con la dimensión emocional; ayudar no sólo espiritualmente, sino también de forma “asistencial”, práctico-concreta; acompañar a buscar caminos de curación; ayudar a convivir con el sufrimiento; reforzar la confianza en el Señor.

Soportar (o aguantar) a las personas molestas

Sastre, filósofo francés del siglo XX, afirma que “el infierno son los demás”. El creyente en Jesucristo claramente no está de acuerdo con esta afirmación; recuerda la voz de Dios que dice, frente a un Adán solitario y solo: “No es bueno que el hombre esté solo”. Somos seres sociales y llamados a la colaboración con los demás. Sin embargo no es así de fácil.

La convivencia con el prójimo, especialmente en las ciudades (fenómeno del estrés), se vuelve difícil y conflictiva por diferentes razones. Señalo dos de ellas: ante todo se multiplican los contactos, encuentros y desencuentros, las oportunidades de roces y conflictos; como segundo motivo, estamos generalmente más susceptibles e indefensos (psicológicamente) para aguantar.

Aguantar frente a las provocaciones, superficialidades, mal trato, injusticias, chismes: una tarea de misericordia. Se trata de no dejarnos arrastrar hacia comportamientos vengativos o de revancha. Significa también no ser demasiado susceptibles y desarrollar un “umbral de tolerancia” más alto.

Rogar a Dios por vivos y difuntos

Jesús nos recuerda que podemos “orar por nuestros enemigos”; mucho más por nuestros amigos y seres queridos. Orar por los vivos, es decir por el prójimo, o por los difuntos es una magnífica forma de solidaridad. Somos parte de la misma familia de los hijos e hijas de Dios, es vivir la comunión de los Santos.

